

Discurso de Orden:

Alberto Adriani, Precursor de la Sostenibilidad de la Patria Posible

Dr. Luis Alfonso Sandia Rondón

Sesión de Orden en el Municipio Alberto Adriani

I. Saludo agradecido

Ciudadano Alcalde Lisandro Ramírez Segura, Ciudadano Presidente de la ilustre Cámara Municipal, distinguidos concejales, autoridades civiles, académicas, eclesiásticas, militares, gremiales, directivos de la Fundación Alberto Adriani, queridos paisanos de El Vigía y de Zea, mi Sra. Esposa y demás familiares, señoras y señores.

Estoy realmente muy feliz de poder estar en El Vigía, para compartir con mi familia, mis hermanos aquí presentes, con tantos conocidos y con todos ustedes, amigos de El Vigía y de Zea. Antes de iniciar las palabras que he preparado como discurso de orden, quisiera comentar que donde tuve mis principales estudios, los fundamentales, fue precisamente en el Grupo Escolar Félix Román Duque de Zea, y aquí en El Vigía, en el liceo “Creación El Vigía” y el “Liceo Dr. Alberto Adriani”, de los cuales me siento profundamente orgulloso de ser exalumno, porque creo que cualquier cosa que uno haga después de esa formación básica, se fundamenta en esas raíces y en el hogar. En mi caso ese impulso lo obtuve de unos padres que me inculcaron el amor y el compromiso con la educación y el conocimiento, y de mis maestros de Zea y El Vigía, y para ellos vaya mi reconocimiento, porque sin esos principios no hubiese sido posible avanzar para aprovechar las oportunidades que la existencia me ha permitido.

II. Introducción: el nexo con la tierra y la historia

Tomar la palabra en esta tribuna de la soberanía civil, no es para mí un protocolo más. Es, ante todo, un acto de profunda resonancia espiritual, histórica y familiar. Nos convoca hoy la memoria inmortal de Alberto

Rómulo Adriani Mazzei, a propósito de conmemorarse un año más de su nacimiento, ocurrido el 14 de junio de 1898 en nuestra querida y señorial Zea. Y digo nuestra, con el orgullo de quien comparte con él la misma cuna; ese estrecho y bucólico valle bañado por las quebradas El Playón y Murmuquena, donde las montañas andinas comienzan a abrirse, al norte, hacia la inmensa y fecunda llanura aluvial del Sur del Lago de Maracaibo.

Pero los hilos de la historia tejen tramas perfectas. Mi vinculación con la figura que da nombre a este municipio no se agota en el origen geográfico que compartimos. Mis años de adolescencia, aquellos donde se moldea el carácter y se siembran los ideales, transcurrieron aquí, en este municipio Alberto Adriani, fundado en 1955 en honor al genio zedeño. Yo no soy un observador lejano de la pujanza de El Vigía. Yo la viví desde niño, la respiré, y la vi crecer a través de mis ojos, pero especialmente a través de los ojos, las manos cayosas, el alma y el amor que mi padre, Jesús Manuel Sandia Molina (Don Chucho Sandia), me inculcó a mí y a mis 11 hermanos, por esta tierra de esperanza y de realizaciones, bendecida por la providencia.

Mi padre formó parte de esa legión civil e indomable de hombres y mujeres que, entre las décadas de 1940 y 1970, entendió que el Sur del Lago de Maracaibo encerraba grandes oportunidades para el desarrollo económico y social de la patria. Papá, con su empeño inquebrantable, con su sudor anónimo y su amor fecundo por El Vigía, junto a cientos de hombres y mujeres de todas partes de Venezuela y del mundo, ayudó a construir la base productiva de esta tierra. Por ello, hablar hoy de Alberto Adriani es para mí tender un puente temporal y emocional entre el pensamiento de un estadista universal como Adriani, y la obra concreta en el terreno de pioneros como nuestros padres, y los de muchos de ustedes, que hicieron posible y real la profecía del desarrollo.

III. El ciudadano: desde Zea a las universidades de Europa

Para entender la claridad del pensamiento de Adriani, debemos mirar al ciudadano. Alberto Rómulo fue el tercer hijo de don José Adriani y doña María Mazzei, inmigrantes italianos procedentes de la Isla de Elba, que llegaron a estas tierras a finales del siglo XIX y se radicaron en Zea en 1894. Don José, no solo fue un agricultor dedicado, sino que fundó la casa comercial más importante de la zona e ideó un sistema logístico formidable: un arreo de casi 80 mulas con el que transportaba café, queso y aguacates desde Zea hasta la estación ferroviaria de El Vigía. Desde aquí, la riqueza de nuestros campos salía en tren hacia Santa Bárbara y luego en piraguas por el río Escalante y el lago, al puerto de Maracaibo con destino al mundo. El arreo de mulas luego regresaba a las montañas cargado de encomiendas internacionales con libros, periódicos, revistas, telas, licores y otras mercancías necesarias en esas épocas. El Vigía y el ferrocarril que es hoy su emblema, era ya, en la infancia de Adriani, el nudo vital del comercio de la región.

Formado inicialmente en el seno de una familia de vasta cultura, la mente de Adriani se encendió definitivamente en 1911, con la llegada a Zea del insigne maestro don Félix Román Duque, quien fundó el Colegio Santo Tomás de Aquino. Aquel maestro descubrió de inmediato la talla intelectual del joven, convirtiéndose en su mentor y compañero de largas tertulias sobre geografía, historia y economía de Venezuela y del mundo. Don Félix Román Duque fue el abuelo del recordado jurista, miembro de la Corte Suprema de Justicia, la Academia de Mérida y presidente de la Fundación Alberto Adriani, el Dr. Román José Duque Corredor, quien en junio de 2023, en un acto como este, tuvo el honor de dirigir estas palabras de orden.

Tras culminar su bachillerato en Mérida en 1916 con una tesis sobre psicología criminal, y tras iniciar estudios de derecho en la Universidad de Los Andes —donde consolidó su entrañable amistad con otro gigante merideño, Don Mariano Picón Salas—, Adriani se traslada a la Caracas

gomecista de 1918. En una capital amordazada por el terror de la cárcel de La Rotunda, y con la Universidad Central cerrada por la dictadura, Adriani ingresa a la Escuela de Ciencias Políticas. Allí, su talento es captado por el Dr. Esteban Gil Borges, quien, al ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores en 1919, lo convierte en su secretario y asesor.

Comenzaría así su periplo de casi una década por el mundo: Nueva York, Ginebra, Londres y Washington. En Ginebra, mientras servía a la delegación venezolana ante la Sociedad de las Naciones, se convirtió en el primer economista venezolano al estudiar esta disciplina de manera formal, egresando de la Universidad de Ginebra en 1925. Luego, en las universidades de Cambridge y Oxford, bajo la influencia del pensamiento de economistas como John Maynard Keynes, Adriani se afianzó como un estadista global. Rescató para el país los archivos de Francisco de Miranda en Londres y dirigió la Sección Agrícola de la Unión Panamericana en Washington, donde analizó con preocupación científica el atraso estructural de la agricultura latinoamericana y, muy especialmente, de la venezolana.

IV. El estadista y su contexto: el dilema de la riqueza efímera

Cuando Adriani regresa a Venezuela en 1930, para compartir temporalmente de cerca con los suyos, y apoyar en los negocios familiares de su Zea natal, el país vivía una mutación dramática. El reventón del pozo Barroso II en 1922, había cambiado la fisonomía económica del país para siempre. Así, se pasó, de la noche a la mañana, de ser una sociedad rural, dependiente casi absolutamente del café y el cacao, a ser el mayor exportador de petróleo del planeta.

Frente al deslumbramiento generalizado de la dictadura gomecista, que veía en el oro negro un trofeo político, Adriani reaccionó con una lucidez propia de su talento visionario. Comprendió inmediatamente que el petróleo, concebido como una industria extractiva en manos foráneas, hacía que el país y su economía funcionara como "*una provincia*

extranjera enclavada en el territorio nacional". Por eso, en esos años de ilusión petrolera, desde su terruño de Murmuquena y mediante varios escritos y conferencias que concedía con regularidad, Adriani advirtió que la renta petrolera creaba una "ilusión de riqueza", que destruía la producción nacional y revalorizaba nuestra moneda artificialmente, vaciando los campos y el agro nacional a través del éxodo rural. Sabía, con la precisión de los clásicos, que el petróleo era un factor "*precario y perecedero*" el cual mediante una explotación devastadora se agotaría, tal y como se agotaría algún día una riqueza mal manejada y efímera y que tarde o temprano dejaría al país pagando los costos de la desmovilización y el empobrecimiento del campo, que, debidamente manejado, representaría para el país una de sus fuentes de riqueza más sostenibles en el tiempo.

Por ello, tras la muerte del dictador en 1935 y ante el llamado que le hiciera el nuevo presidente del país, el General Eleazar López Contreras, a principios de 1936 Adriani se va de Zea a Caracas para acompañar, con sus ideas y su claridad intelectual y económica, la transición democrática que se iniciaba luego de la férrea dictadura gomecista. Adriani asume primero el recién creado Ministerio de Agricultura y Cría, y luego es nombrado Ministro de Hacienda para la modernización de la política económica del renaciente país. En esos escasos e intensos meses, y antes de que la muerte lo sorprendiera prematuramente el 10 de agosto de 1936 en el Hotel Majestic de Caracas, Adriani diseñó la arquitectura financiera y económica de la Venezuela moderna.

Su pensamiento, compilado póstumamente en 1937 bajo el título de Labor Venezolanista, no es un manual de coyuntura; era y sigue siendo un proyecto de navegación nacional, una hoja de ruta que es necesario leer, releer y comprender, para enrumbar de una vez por todas los destinos de la patria por derroteros de progreso auténtico, con oportunidades para todos, deslastrados del pillaje, la corrupción, el amiguismo, el compadrazgo y la mediocridad en la gestión de la cosa

pública, males que nos aquejaban en la Venezuela de Adriani, y hoy todavía, muy a nuestro pesar, nos siguen aquejando en muchas de las instancias nacionales, locales y municipales.

Por ello es necesario que lo repitamos una y otra vez: Honrar la memoria adrianista es practicar con férrea disciplina la decencia, la moral, la civilidad y los principios de justicia, la solidaridad humana, la transparencia y la honestidad en el campo de la política, la gerencia pública y la empresa privada, aspectos que son de primer orden para hacer posible la máxima de los Objetivos de Desarrollo Sostenible que desde 2015 promueven las Naciones Unidas, y que están referidos a “*No dejar a nadie atrás*”; todo lo contrario, debemos y tenemos todos que estar por igual en la primera línea de salida del bien colectivo, de la calidad de vida, del acceso a servicios, a las oportunidades, a la dignidad de la persona humana, al ejercicio de las libertades políticas, económicas y sociales y al bienestar; todo ello consagrado en el derecho internacional y en la constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

V. La Economía Sostenible: Más allá de Capitalismo y Socialismo

Es aquí, distinguidos y muy apreciados amigos, donde debemos hacer un alto para reivindicar el pensamiento venezolanista de Adriani, a quien el Dr. Arnaldo José Gabaldón Berti, ex ministro fundador del ministerio del ambiente, calificara como el precursor genuino del pensamiento y la filosofía del Desarrollo Sostenible en Venezuela. En efecto, mucho antes de que el Informe Brundtland de la ONU acuñara el término Desarrollo Sostenible, en 1987, y décadas antes de que el mundo hablara de crisis ambiental y climática, este coterráneo universal, ya incorporaba en su pensamiento económico y de desarrollo social y ambiental, la necesaria concepción de los ecosistemas integrados y los límites biofísicos de la economía.

En su visión de avanzada, Adriani se distanció tempranamente, tanto del liberalismo económico clásico, como de las tesis socialistas de su

época, ideas y filosofías ancladas en el pasado que aún a pesar de sus demostrados fracasos, dominan en muchos sentidos la dialéctica política y social del mundo de hoy.

Como seguidor de un "*liberalismo ético*", inspirado en pensadores como el estadista alemán Walter Rathenau, Adriani, criticaba la anarquía y el despilfarro de las materias primas y el trabajo del capitalismo salvaje, pero también detectaba las inconsistencias distributivas del socialismo. Él abogaba por una economía orgánica, donde el Estado interviniera de manera prudente y científica, para coordinar con los factores de producción planes armónicos que resguardaran el interés colectivo frente a las, muchas veces presente, fuerzas ciegas de mercado.

Para Adriani, la sostenibilidad económica era un proceso donde el crecimiento de la riqueza no podría darse a expensas de la destrucción de la naturaleza, de los suelos, del agua, de los bosques. Adelantándose por décadas a las corrientes que hoy critican a las escuelas neoclásicas y marxistas por ver a la economía como un sistema cerrado e infinito, Adriani entendía que la economía es un sistema abierto, supeditado a un ecosistema global que le provee energía y sustento biológico, pero que debe estar circunscrito a la racionalidad humana y al bien de las personas y de sus entornos naturales.

Su propuesta de desarrollo económico y social, que hoy podríamos calificarla como desarrollo sostenible, se basa en cuatro pilares científicos que mantienen una sorprendente vigencia, y que son:

1. La Planificación Científica, dado que sostenía que las líneas de desarrollo debían estructurarse en el marco de planes a largo plazo, basados en estudios integrales del suelo, subsuelo, clima, flora y fauna, sin obviar las variables humanas, la población, la cultura, la gente y sus prioridades. Por ello indicaba con firmeza que los problemas de atraso del país se debían, cito textualmente, a "*nuestra*

incapacidad para afrontar los problemas de manera racional y científica".

2. La Conservación de los Recursos Naturales, por lo que proponía como exigencia el uso racional del agua y el resguardo de la biodiversidad como base de la permanencia de la nación.
3. El Desarrollo Humano y la Educación Liberadora, área en la que afirmaba que el aumento de la producción material era estéril si no se abrían todas las posibilidades de calidad de vida para todas personas. Para Adriani, la educación y la capacitación técnica eran las únicas herramientas capaces de romper el "*complejo de inferioridad*" y para permitirnos competir en el plano internacional. Adriani, no le temía al extranjero; su mayor temor era "nuestro atraso, nuestra incompetencia, nuestra desorganización y nuestra falta de espíritu público". Males y rémoras sociales que muchas veces aún cargamos como nación en nuestras alforjas y de las que solo podremos desprendernos mediante un cambio y una renovación educativa, social y cultural.
4. La Solidaridad y la Democracia Social, en la que planteaba que el Estado debía atender de manera efectiva —no dadivosa, sino solidaria— a los sectores más vulnerables, transformando los beneficios económicos en herramientas de independencia individual y bienestar integral.

VI. La tierra llana vigiente y adrianista: la generación de pioneros que hicieron realidad el desarrollo

Arturo Uslar Pietri, ese gran venezolano del siglo XX —inspirado en el pensamiento de Adriani— en su célebre editorial del 14 de julio de 1936 planteó que la única política salvadora para la Venezuela rentista y petrolera era "*Sembrar el Petróleo*". Comunicaba así al país la tesis adrianista de transformar la renta petrolera en créditos permanentes, favorables y sostenibles para el sector agrario nacional. Adriani sabía

que el petróleo se agotaría como se agotaría su efímera riqueza, mientras que la agricultura, manejada bajo criterios de sostenibilidad, sería perdurable y beneficiosa para la gente y la riqueza natural del país.

Y es aquí donde la geografía de la patria se encuentra con la historia de nuestras familias que en un no lejano pasado, llegaron de todos los rincones del estado, el país y el mundo con todas sus ilusiones, sus saberes y sus preclaros objetivos de engrandecer con su esfuerzo esta tierra, al tiempo que mejoraban sus vidas y las de sus familias; y lo lograron. El Vigía y el municipio que lleva su epónimo es una muestra clara y palpable de la capacidad constructora de futuro del pensamiento adrianista; pensamiento que nuestros padres y abuelos comprendieron, tal vez sin leer ni conocer la obra de Adriani, pero lo practicaron con la inspiración propia de una generación que se hizo de la nada para avanzar hacia la victoria. Ellos lo lograron cuando tal vez llegaron aquí solo con una maleta llena de recuerdos e ilusiones, como lo hicieron los Adriani Mazzei cuando buscaron en Zea las oportunidades de vida que Italia en esa época no les permitía.

Los constructores pioneros, no vinieron a la tierra llana a buscar prebendas de un Estado rentista que les regalara un bono o les subsidiara el alimento, sus viviendas, sus bienes y su futuro, ellos solo pidieron que los dejaran trabajar, invertir, crear, innovar y por eso vinieron a abrir caminos en el monte, a sanear las tierras de la inundación y de las fiebres, a fundar fincas, a levantar comercios y a mecanizar el campo.

Esa generación de fundadores del emporio agroproductivo andino y suralagunco que es el municipio Alberto Adriani, vino empujada por esa misma ética de trabajo, por esa misma fe zedeña y andina que reconoce el poder de la tierra. Esa generación de productores, ganaderos, comerciantes, maestros, mecánicos y obreros, demostró en la práctica lo que Adriani demostró en la academia: que la verdadera riqueza de una nación se asienta en el conocimiento y se siembra en el surco, se ordeña

en las vaqueras y se distribuye en el comercio lícito y limpio, donde quien vende y quien compra ganan de manera justa, donde no hay avaricia, ni egoísmo, sino honestidad y transparencia. Ellos convirtieron a El Vigía en el epicentro económico del occidente venezolano y en esa garantía de seguridad agroalimentaria del país en que se han convertido estas tierras.

Este municipio que hoy nos acoge, y del que todos los vigienses y los merideños nos sentimos orgullosos por su pasado, su presente y su futuro, es el testimonio vibrante y fecundo de la economía sostenible que Alberto Adriani conceptualizó y que nuestros padres, pioneros fundadores, construyeron con su trabajo y fe, y su infinito agradecimiento a Dios por ponerlos en el paraíso de sus más nobles realizaciones.

Nuestros padres levantaron con sus manos cada metro cuadrado de esta gloriosa y bendecida tierra, con base en su grandeza humana, en su moral y en su honestidad. Ellos hicieron realidad lo que el joven economista zedeño, que al haber recorrido el mundo y al mirar desde Zea hacia al norte y hacia estas llanuras del Sur del Lago, veía: el porvenir agroindustrial de una Venezuela pujante, victoriosa y beneficiosa para todos. Lamentablemente el destino a través de su prematura partida al más allá, nos privó a los venezolanos de que él condujera ese tren de avances y de logros. Sin embargo, aún tenemos sus ideas, sus principios y sus lineamientos, bajo los cuales como nación podemos construir una hoja de ruta para la Venezuela posible que el soñó.

Yo por ello propondría en este punto que las fuerza vivas de la ciudad, lideradas por la Alcaldía y el consejo municipal por una parte, levanten un espacio público donde se reconozca la obra de los pioneros fundadores, muchos conocidos y la mayoría anónimos, que engrandecieron este municipio. Por otra parte, pediría a la autoridades, a Asodegaa, otros gremios y a las instituciones educativas de todos los

niveles, que conformen o reactiven una cátedra o centro de permanente de reflexión y difusión del pensamiento adrianista, para que nuestros niños, jóvenes y adultos conozcan a tan ilustre figura de la merideñidad y venezolanidad, y con ello, con su ejemplo y pensamiento, formemos a las nuevas generaciones en la práctica de una civilidad de avanzada y de progreso, que sin complejos nos permita reconocer nuestras más grandes riquezas ambientales y sociales, pero especialmente que podamos reconocer aquella más importante: nuestra riqueza mental y espiritual. Con mente y espíritu de avance y de mirada victoriosa, el auténtico desarrollo ha de llegar para bien de todos en un horizonte de tiempo no muy lejano.

VII. Conclusión: contra los vendedores de humo y la urgencia de la acción

Ciudadano Alcalde, concejales, ciudadanos y hermanos de este municipio:

A cien años del inicio del auge petrolero, el balance para Venezuela en materia de sostenibilidad económica, ambiental y alimentaria es alarmantemente adverso. Seguimos atrapados en los vaivenes de una economía rentista y debilitada, importando lo que deberíamos producir y discutiendo fórmulas muchas veces estériles que solo favorecen política y económicamente a unos sectores, dejando a la gran mayoría fuera de esos beneficios.

Por eso, la figura de Alberto Adriani no puede ser reducida a un busto de bronce o a una efeméride en el calendario. Adriani y su pensamiento representan un programa de acción urgente. En sus propias palabras escritas en 1936, nos advertía con severidad: *"No son programas lo que hace falta en nuestro país. Lo que se requiere urgentemente es que nuestro pueblo, todo nuestro pueblo, se una en el propósito tenaz y en la feroz voluntad de lanzarse a la acción..."*.

Hagamos hoy, en esta Sesión de Solemne, una declaración de guerra contra el atraso, la ineficiencia y la retórica vacía. Despreciemos, como lo hizo Adriani, -cito- a los "*vendedores de humo e ideólogos tropicales*" que se empañan en detener el progreso, mientras el pueblo padece necesidades elementales.

Volvamos la mirada a la ciencia, a la planificación integral, al respeto por el ambiente y la dignidad humana. Pero sobre todo, volvamos la mirada a la honestidad y al amor por el trabajo que caracterizó a los fundadores de este municipio. Honremos a Alberto Adriani haciendo de este suelo el modelo de desarrollo sostenible, verde, productivo y socialmente justo que la patria requiere en su reconstrucción definitiva.

Esta tierra de gracia, nuestra amada Venezuela, cuna de Bolívar, Bello, Miranda y Adriani está llamada a grandes destinos y no debemos ni podemos equivocarnos más en el camino. Con la frente en alto, con la ciencia en la mente y el amor a la patria en el corazón, sigamos labrando el futuro de El Vigía y de toda Venezuela.

Señoras y Señores, muchas gracias.

El Vigía, 19 de junio de 2026.